

# El Jesús de un profesor de religión cristiana para muchachos

EDUARDO MALVIDO

Voy a recoger aquí aquellos aspectos de la cristología que me parecen indispensables para quien enseña la religión a un grupo de muchachos. Dejo de lado los aspectos metodológicos y me limito a resaltar dos o tres cosas cristológicas que no deben faltar en una clase de religión con gente joven. Aquel que está dedicado en cuerpo y alma a la educación de los muchachos sabe de sobra cómo proceder con ellos en clase, sin necesidad de que yo le tenga que indicar desde fuera los pasos metodológicos que tiene que dar con sus educandos. En lo que yo puedo ayudarle es en la sugerencia de las líneas directrices de contenido y en la llamada de atención sobre presupuestos básicos que se han de tener en cuenta en la enseñanza religiosa cristiana. La realidad de la vida educativa adquiere a veces un ritmo endiablado y se corre el peligro de perder de vista el horizonte hacia el cual debe dirigirse en todo momento una educación cristiana y hacia el cual debe acercarse lo más posible.

## EL JESUS DE LA FE CRISTIANA

Todo educador de la fe debe comunicar a sus educandos el Jesús auténtico de la fe cristiana. Hay muchas imágenes de Jesús que se presentan por ahí y que no responden al verdadero Jesús de nuestra fe.

Algunas de ellas son imágenes de Jesús a la medida de la moda ideológica

reinante: que si un Jesús a lo Che Guevara, que si un Jesús espiritualista, que si un Jesús arreglaproblemas, que si un Jesús la mar de humano...

Otras imágenes de Jesús han sido fabricadas en el interior de la historia cristiana y reflejan a todas luces situaciones de ayer, dentro de las cuales encuentran cabida y explicación, pero que hoy día ya no se dan y carecen de sentido coherente con la realidad que estamos viviendo: un Jesús sabelotodo, o un Jesús sobre el cual los cristianos se las saben todas...

Para librarse de todas estas y de otras imágenes de Jesús incompletas, «interesadas» o falseadas y dar con el auténtico Jesucristo, sólo existe un camino abierto y certero: el *Nuevo Testamento*, que es donde se encuentran, gracias a Dios, nuestras raíces cristianas.

Pero no basta con haber señalado el cuadro —el *Nuevo Testamento*— que contiene la verdadera imagen de Jesús. Porque en el *Nuevo Testamento* se pueden contar muchas imágenes de Jesús. El Jesús del *evangelio de Marcos* no es idéntico al Jesús del *evangelio de Juan*. Ni el Jesús de Pablo es una copia del Jesús del evangelista Lucas. Por ello, admitidas las reales diferencias fácilmente observables en los libritos del *Nuevo Testamento*, debe preguntarse, además, si no existe en todos los escritos del *Nuevo Testamento* algo así como un Jesús básico, un Jesús fundamental.

La respuesta es, por supuesto, afirmativa. Si no lo fuera, esos escritos no habrían entrado a formar parte del conjunto de libros considerados canónicos, como oficialmente representativos del genuino pensamiento y sentir cristianos.

Además de la prueba del canon aducida, el análisis del contenido de los 27 escritos del *Nuevo Testamento* lleva a la conclusión de que todos ellos coinciden en la clara proclamación del hecho de la muerte y del hecho de la resurrección de Jesús de Nazaret. Esta fe —fe en el hecho de la muerte y fe en el hecho de la resurrección de Jesús— constituye el eje básico de todos y de cada uno de los escritos del *Nuevo Testamento*.

Pablo, que en sus cartas no refleja narrativamente como los *evangelios* la vida histórica de Jesús, es constante en nombrar la muerte y la resurrección de Jesús como los dos elementos constitutivos del mensaje cristiano. Los *Hechos de los Apóstoles* tampoco narran la historia de Jesús, sino la historia de la Iglesia primitiva. Pero esta historia arranca y se basa en Jesús de Nazaret a quien «vosotros le entregasteis y crucificasteis, pero Dios le resucitó de entre los muertos» (*Hech 2, 23-24*). Hasta el *Apocalipsis* traduce con su lenguaje simbólico característico la doble estructura de muerte y de resurrección, de historia y de escatología, de tierra y de cielo que recorre las páginas todas del *Nuevo Testamento*: el «Cordero» que está ahora triunfante ante el trono de Dios... sigue llevando, sin embargo, las huellas de su degollación sangrienta (cfr. *Ap 5, 6 s.*).

Ni que decir tiene que donde el anuncio de la muerte y resurrección de Jesús aparece de modo más desarrollado, más progresivo y más orgánico es en los denominados «*evangelios*». Lo que en las cartas de Pablo (cfr. 1 *Cor* 15, 3-7; 11, 23-27; *Rom* 1, 1-4) y en los *Hechos de los Apóstoles* (cfr. 2, 22-36; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 29-32; 10, 34-43; 13, 16-41) es simple bosquejo, apunte, esquema, en los *evangelios* se convierte en todo un cuerpo narrativo.

En mi intento por mostrar el fondo común de fe —fe en la muerte y en la resurrección de Jesús— que se extiende por los 27 libritos del *Nuevo Testamento*, debo hacer todavía la siguiente puntualización: muerte y resurrección de Jesús no tienen, sin embargo, la misma importancia en el origen de la fe de los cristianos; el hecho de la resurrección de Jesús fue propiamente el elemento desencadenante y generador de la fe cristiana; la resurrección de Jesús fue la causa primaria en la génesis de la actitud creyente de los primeros discípulos. Sólo en este sentido se puede aceptar la afirmación de que la fe en la resurrección de Jesús es «el centro de la fe del cristianismo primitivo»<sup>1</sup>. «Centro» sólo en el sentido de «lugar preferente», de «cumbre referencial», porque como materia de contenido intervienen tanto la fe en el Resucitado como la fe en el Crucificado. Resucitado y Crucificado son inseparables en la fe de los cristianos.

La precisión hecha, a saber: que la fe en la resurrección de Jesús fue el inicio de lo que llegó a ser «la fe específicamente cristiana», ayuda sobremanera a comprender el carácter creyente del *Nuevo Testamento* y a valorar con acierto el alcance histórico de sus páginas.

Muchos cristianos siguen empeñados en ver en los *evangelios*, y, en general, en el *Nuevo Testamento*, otros tantos documentos de rigurosa información histórica. Olvidan el sencillo hecho de que el *Nuevo Testamento* ha sido escrito por gente que ya creía que Jesús era el Mesías esperado y el verdadero hijo de Dios y para gente que ya había llegado a creer eso mismo de Jesús de Nazaret. Ahora bien, ¿cómo llegaron los primeros cristianos a creer en Jesús? Los mismos testimonios del *Nuevo Testamento* muestran con claridad que el hecho de la resurrección de Jesús tuvo peso decisivo en la gestación de la fe de los primeros discípulos. No fue el nacimiento de Jesús lo que hizo surgir en los cristianos la estrella de la fe. Tampoco fue la actividad pública de Jesús el argumento demostrativo de la mesianidad y de la función reveladora divina de Jesús. Menos aún puede pensarse que la muerte violenta de Jesús se halle en la raíz de la fe de los cristianos primitivos. Por el contrario, el final trágico de Jesús en el calvario tuvo que acabar de matar la incipiente disposición favorable que los Apóstoles presumiblemente tenían para con el Maestro. Fue la experiencia del hecho de la resurrección de Jesús la verdadera causa que hizo prender en los Apóstoles la llama de la fe en Jesús como el «Cristo», como el «Ungido», como el «Bendecido» de Dios.

<sup>1</sup> Cfr. O. CULMANN, *La fe y el culto en la iglesia primitiva*. Ed. Studium, 1971, pp. 115 y 116.

Si esto que digo fue así en la realidad de los hechos, la primera consideración que debe hacerse sobre el *Nuevo Testamento* es que se trata ante todo de un material testimonial de fe, de una confesión creyente en Jesús de Nazaret hecha a partir de la fe en su resurrección. La segunda consideración tiene que ver con la información histórica recogida por los escritos del *Nuevo Testamento*: el mero relato histórico que aparece en los *evangelios* no es sin más la prueba de la realidad de los hechos que se cuentan, sino que dicho relato puede muy bien estar en función y al servicio de la fe de los cristianos en Jesucristo. Para comprobar la autenticidad histórica de los diversos pasajes del *Nuevo Testamento* habrá que recurrir a criterios fiables de historicidad y aplicarlos, sin concesiones de ningún tipo, a los textos sagrados <sup>2</sup>.

Con lo dicho, no he acabado de mostrar al Jesús de la fe cristiana. Falta un dato fundamental y específico del mensaje cristiano: la personalidad divina del Crucificado-Resucitado.

Aquí sí que desempeña un papel de primerísimo orden el carácter histórico del Crucificado. En efecto, la primera conclusión de los testigos del Resucitado tuvo que ser más o menos ésta: «Si Dios ha resucitado a Jesús, es que Dios está de parte de Aquel que, por el contrario, fue rechazado y crucificado por las autoridades religiosas de Israel». Pero la simple afirmación de que Dios estaba a favor del Crucificado no equivalía a la proclamación de que Jesús es Dios.

¿Cómo llegaron los primeros cristianos a confesar la divinidad del Resucitado? Ciertamente, no por la observación de la resurrección de Jesús como un signo portentoso propio de la divinidad. Aun concibiendo la resurrección como un fenómeno histórico, no se llega a través de dicho signo al reconocimiento de la divinidad. La divinidad no se identifica con la resurrección. La prueba está en que también nosotros estamos llamados a resucitar como Jesús y, sin embargo, nosotros no somos Dios.

Entonces, ¿cómo concluyeron los primeros cristianos en la divinidad del Resucitado? Pues por otro camino: por el camino del amor.

En el *Nuevo Testamento* se puede seguir el proceso recorrido por los primeros creyentes en relación con la muerte de Jesús en una cruz. Al principio, la muerte de Jesús en cruz fue interpretada como «un escándalo para los judíos y como una locura para los paganos» (1 *Cor* 1, 23). La misma valoración recibió la muerte de Jesús en cruz por parte de los cristianos. Luego los cristianos fueron viendo en la muerte ignominiosa de Jesús la prueba contundente del amor del Hijo de Dios. En los textos del *Nuevo Testamento* se lee aquí y allá que Jesús se entregó libremente a la muerte para la sal-

---

<sup>2</sup> Sobre los criterios de historicidad, cfr. E. MALVIDO, *El Jesús histórico y el Jesús resucitado*, Ed. San Pío X, 1983, pp. 123-137.

vación de los hombres, que Jesús cargó inocentemente con la culpa de egoísmo y de orgullo de los verdaderos pecadores, los hombres, que Jesús dio su vida sencillamente por amor... Semejante comportamiento de Jesús dejó al descubierto, a los ojos de los creyentes, el amor del mismo Dios.

En la obediencia amorosa de Jesús hasta la muerte y muerte de cruz los cristianos vieron el gesto inequívoco de la divinidad de Jesús. Nada tiene de extraño que el *evangelio de Marcos* ponga en boca del centurión que presencié la muerte de Jesús la siguiente confesión de fe: «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios» (*Mc 15, 39*).

Más claramente que los *evangelios sinópticos*, es el *evangelio de Juan* el que presenta la pasión de Jesús como la obra propia del Hijo y la resurrección como la respuesta amorosa del Padre a la oblación incondicional de su Hijo en el calvario. Para Juan, cuando se trata de ver la gloria específica de Dios, no hay distinción entre la hora de la pasión y la hora de la resurrección. Una y otra pertenecen a la hora inconfundible del amor divino del Hijo y del Padre.

Con palabras de R. Schnackenburg:

La cruz ya no es para él lo más hondo de la «humillación» (esta expresión u otras parecidas faltan) a la que sigue la exaltación, sino el principio de la glorificación, de tal forma que la «hora de Jesús» comprende ambas cosas. La «exaltación» de Jesús en la cruz dispensa a los creyentes la vida de Dios (*Jn 3, 14*), puesto que el Cristo exaltado en la cruz «atraerá todas las cosas hacia sí» (*12, 32*; *cfr. 24*), siendo glorificado como él mismo glorifica al Padre (*cfr. 12, 27*; *13, 30*); Juan puede, según eso, considerar la tenebrosa hora terrena de la crucifixión (*cfr. 12, 27*; *13,30*) como hora de la glorificación. La diferencia de tiempo y la sucesión de la muerte y la resurrección pierden su importancia en esta perspectiva y casi quedan anuladas en el plano de la «hora de Jesús», de la más alta cualificación histórico-salvífica<sup>3</sup>.

Ahora sí que considero que queda suficientemente señalado el Jesús del mensaje cristiano.

El profesor que imparte la clase de religión a adolescentes y jóvenes debe ser fiel en su enseñanza a los siguientes puntos de la cristología:

- 1.º El Jesús cristiano es el Jesús crucificado-resucitado. Cualquier tipo de ocultamiento de alguno de los dos aspectos atenta contra la autenticidad de la imagen cristiana de Jesús.

---

<sup>3</sup> *Cristología del Nuevo Testamento*, en J. FEINER y M. LÖHRER, *Mysterium Salutis*, Ed. Cristiandad, 1971, III-1, p. 363.

- 2.º En el origen de la fe de los cristianos en Jesús de Nazaret, el hecho de la resurrección se lleva la palma de la primacía a la hora de explicar el nacimiento de la fe en los primeros cristianos, así como a la hora de explicar el carácter testimonial de fe que el *Nuevo Testamento* posee como cosa peculiar y a la hora de conseguir información histórica de los textos sagrados.
- 3.º Los cristianos no nos contentamos con ver en Jesús a un ser humano que con su vida y con su muerte dio pruebas elocuentes de adhesión obediente a Dios y de defensa de la causa de los hombres pobres y oprimidos por los poderosos. Según nuestra fe cristiana, Jesús es nada menos que la humanización personal del Hijo de Dios y demostró serlo no mediante obras de poder, sino por medio y en el amor de entrega hasta la muerte de cruz. La fuerza de su divinidad se reveló a través de su «debilidad» a lo largo de su existencia humana (pro-existencia humana) y sobre todo en la «suprema debilidad» de su muerte violenta e ignominiosa.

## UN JESUS ACTUALIZADO PARA ADOLESCENTES Y JOVENES

En el apartado anterior he mostrado los puntos básicos de cualquier cristología que merezca el nombre de cristología cristiana.

Esos puntos se encuentran en todos los escritos del *Nuevo Testamento*. Pero se hallan articulados y enfocados de distinta manera. Precisamente, la distinta estructuración con que aparece el mensaje cristiano en los textos del *Nuevo Testamento* explica que sean textos diferentes y autónomos.

Tampoco se suele tener en cuenta que los diversos escritos del *Nuevo Testamento* persiguen de hecho, con su estructuración, una finalidad catequística, distinta de la finalidad histórica. Por el contrario, se sigue pensando que los libros del *Nuevo Testamento* son documentos históricos y que su razón de ser y su riqueza dependen de la novedad y de la cantidad de datos históricos que aporten al patrimonio común.

He dicho que la finalidad del *Nuevo Testamento* es ante todo una finalidad catequística. Cuando se afirma que el *Nuevo Testamento* tiene una finalidad catequística, no debe entenderse en modo alguno que el *Nuevo Testamento* haya sido escrito para los niños. La verdad es que los destinatarios del *Nuevo Testamento* son más bien los cristianos adultos. Tampoco debe entenderse que el *Nuevo Testamento* sea, por dicha finalidad catequística, un manual de enseñanza religiosa. La intención catequística del *Nuevo Testamento* va más allá de la mera instrucción. El fin catequístico del *Nuevo Testamento* coincide con el propósito de actualizar el mensaje cristiano en la vida de los destinatarios de cada uno de los libritos del *Nuevo Testamento*.

De acuerdo con esta finalidad, están escritos y configurados, por ejemplo, los cuatro *evangelios*. Sólo quien repara en el distinto modo que tiene cada *evangelio* de presentar el común mensaje cristiano es capaz de observar y de valorar los *evangelios* en su incontestable independencia y originalidad. Vistos los *evangelios* a la luz de la finalidad catequística, qué diferentes y personales son todos ellos.

En estas páginas no voy a estudiar la finalidad actualizadora del mensaje de Jesús pretendida por cada evangelista. Únicamente me limito a llamar la atención del profesor de religión sobre este particular. La labor redaccional llevada a cabo por los evangelistas con los materiales recibidos de la tradición eclesial es un ejemplo y un estímulo para que el educador de la fe haga otro tanto en sus clases de religión con sus muchachos<sup>4</sup>.

Cuando se trata de adolescentes y jóvenes, solemos contentarnos con adaptar a ellos el lenguaje del evangelio. Nos servimos de términos y de comparaciones que les resulten más inteligibles e interesantes, pero en el fondo les «largamos» el mismo rollo que ofrecemos a los adultos.

La actualización que debemos hacer del mensaje de Jesús para los muchachos afecta sobre todo al mismo contenido.

Es preciso presentarles al Jesús básico del mensaje cristiano, pero en conformidad con la manera psicossociológica de ser del muchacho de nuestros días. Con fidelidad rigurosa a aquel Jesús fundamental de los *evangelios* que diseñáramos en el apartado anterior y con la misma fidelidad al muchacho de 1984.

En lo que sigue no voy a trazar las líneas concretas de una cristología para adolescentes y jóvenes. Sólo esbozaré las características del muchacho de nuestro tiempo y cómo debería estructurarse a grandes rasgos la imagen cristiana de un Jesús para esos adolescentes y jóvenes de nuestros días.

Comienzo trazando el perfil sociológico del muchacho.

El muchacho es una encrucijada de pasado y de futuro. En principio, mira al futuro, pero no es fácil que su dinámica hacia el porvenir termine llegando a alcanzarlo. Sobre todo en la actualidad, el muchacho encuentra serias dificultades de tipo social para conseguir llegar a ese porvenir anhelado.

El muchacho está llamado a insertarse en la sociedad dirigida por los adultos. Por no haberse «gastado» con el roce de la realidad, el muchacho lleva

---

<sup>4</sup> El lector interesado en conocer la obra redaccional llevada a cabo por los evangelistas puede servirse de algunos trabajos ya publicados sobre dicho particular. Le recomendaría estas tres obras: W. TRILLING, *El verdadero Israel (La teología de Mateo)*, Ed. FAX, 1974, 370 p.; H. CONZELMANN, *El centro del tiempo (La teología de Lucas)*, Ed. FAX, 1974, 358 p.; W. MARXSEN, *El evangelista Marcos*, Ed. Sígueme, 1981, 211 p.

consigo ideales, esperanzas, ansias... de nuevos y de mejores mundos, que querría levantar en la sociedad de los adultos. Pero éstos no abrirán sus puertas de par en par a quien les viene con nuevas formas de vida. Dejarán pasar, esto sí, a quienes quieran adaptarse a la realidad social existente; en modo alguno a quienes traigan alientos revolucionarios en su respirar.

Y es que la sociedad de los adultos tiene su sistema cerrado de valores en los que basa su pervivencia. El sistema es intocable. Cualquier amenaza contra el sistema, por leve que sea, es denunciada y proscrita. Para entrar en la ciudadela del sistema hay que renunciar a lo que uno es y homologarse con los habitantes que se hallan ya dentro de la ciudadela.

El muchacho se encuentra así en la alternativa de «hacerse» a la realidad social y entrar de este modo en el sistema imperante o, manteniéndose fiel a sus ideales, enfrentarse de algún modo a la realidad social para transformarla y mejorarla.

Es esta dialéctica entre el ideal y la realidad la que nos lleva a pensar en el caso de Jesús de Nazaret enfrentado también a la sociedad de su tiempo.

Tampoco Jesús encontró en su tiempo cauce fácil para trasvasar sus ideales de vida a sus paisanos. La discrepancia de Jesús con el «status» religioso oficial fue clamorosa en muchos y en importantes puntos: concepto de Dios, del Mesías, de la Ley, del Templo...

Jesús no se hizo a su medio social. La sociedad judía reaccionó en contra de Jesús desoyéndole, marcándole distancias, condenándole, matándole. Jesús no renunció por ello a sus ideales. Sin lugar a duda, la fe en la resurrección y en la venida del «día de Yahvé» le ayudó a mantenerse fiel a sus proyectos de vida. Para luchar por unos valores es imprescindible creer en el triunfo, a largo o a corto plazo, de los mismos. Jesús creyó en la vida escatológica y no cesó de predicar, de palabra y con la propia vida, sobre el reino de Dios, que no cuadraba en absoluto con la realidad social del momento.

Este Jesús que encuentra resistencia y rechazo en la sociedad de su tiempo y que, sin embargo, hace todo lo posible y lo imposible por cambiarla es el Jesús que el muchacho debe tener presente en su situación dialéctica entre los ideales y la realidad social de su vida.

Semejante actitud no asegurará automáticamente el éxito al muchacho. Lo más probable, por el contrario, es que el fracaso se cebe en él. Esto fue al menos lo que le ocurrió a Jesús y esto suele ser lo que acontece en nuestros días a quien pretende «renovar» la sociedad, la cual se siente satisfecha de ser como es. El fracaso exterior no debe ser, sin embargo, óbice a seguir trabajando por una sociedad mejor. Tras los resultados fallidos siempre queda la esperanza de que al menos la dirección de los esfuerzos desplegados era la buena, la que apuntaba a los cielos nuevos y a la tierra nueva que en el «día del Señor» emergerán.

Presento brevemente ahora el perfil psicológico del muchacho.

El muchacho está metido al mismo tiempo en la dialéctica psicológica, la existente entre sus sentimientos de dependencia infantil y sus ansias de libertad de adulto. Esta dialéctica es inseparable de la dialéctica sociológica que he indicado antes.

La libertad o su carencia es lo que mejor define la realidad de un hombre concreto. El hombre libre es grande, aunque haya fracasado en el logro de las otras empresas temporales. El hombre que no es libre es un pobre hombre, un hombre realmente fracasado, aun cuando tenga todo el mundo en el haber de su cuenta bancaria.

El ensalzamiento de la libertad humana por encima de cualquier otro valor es el tema (=el mensaje) de la novela *El viejo y el mar*, de E. Hemingway. Santiago, el viejo, en lucha con un tiburón, ha perdido el arpón, la cuerda... El no se da por vencido. Más adelante perderá su carga más preciada: el gigantesco pez espada. Todas estas pérdidas importan poco. Mientras el hombre sea capaz de decidir, de lanzarse a una nueva aventura, de ser libre, nunca será vencido. La frase enorme de Santiago es ésta: «Un hombre puede ser destruido, pero no vencido.» Al final de la novela, cuando el viejo lo ha perdido todo, el viejo no rinde su voluntad de decisión y conviene con el muchacho, Manolín, en salir de nuevo a la mar a la búsqueda imposible de un pez de ensueño.

Al muchacho le fascina la realidad del adulto libre. La figura de Jesús libre es una figura que tiene mucho que decir al muchacho que se halla en esa situación dialéctica entre la dependencia del niño y la autonomía del adulto.

Jesús eligió el plan de Dios con toda conciencia y responsabilidad. Nunca la libertad humana ha sido ejercitada con tanta profundidad y «pureza» como en la existencia histórica de Jesús. Opción, discernimiento, fidelidad, confianza, generosidad... se dieron cita en el ejercicio de la libertad de Jesús de manera única y paradigmática.

No se olvide que la más hermosa de las libertades es la de quien está libre de su egocentrismo, la de quien está libre para su prójimo, sobre todo para aquel prójimo, el enemigo, que sólo nos depara desprecio y odio. Y de esta libertad la vida de Jesús es un escaparate maravilloso:

*Jesús de Nazaret fue un individuo singular y extraño. Sus características parecen haber impresionado a sus seguidores, de suerte que se yergue como un hombre extraordinariamente libre...*

*Estuvo libre de toda ansiedad y de la necesidad de establecer su propia identidad, mas por encima de todo estuvo libre para su prójimo. Esta fue la característica que Bonhoffer, en sus últimos escritos, encontró tan impresionante...*

*Evidentemente fue un hombre libre para entregarse a los demás, fueran quienes fueran. Vivió de esta forma, y fue condenado a muerte por ser este tipo de hombre en medio de seres miedosos y defensivos*<sup>5</sup>.

## UN JESUS VIVIDO POR EL PROFESOR DE RELIGION

Es importante que el profesor de religión presente a sus muchachos la imagen auténtica del Jesús de la fe cristiana. Es igualmente importante que esa imagen de Jesús «hable» de verdad a la gente joven. Ya se dijo que este «hablar» va mucho más allá de la forma verbal de entender y de comunicarse que caracteriza a los muchachos de nuestros días.

Pero aún es más importante que el educador cristiano viva en su persona y en su vida al Jesús que presenta a los muchachos.

Voy a dar tan sólo dos razones para urgir en el profesor de religión la necesidad del testimonio personal de la fe que enseña. La primera razón es estrictamente cristiana. La segunda razón es, al menos a primera vista, de orden educativo.

La originalidad y la singularidad de Jesús radican en el nivel de profundidad y de riqueza en el que vivió su experiencia humana.

Jesús no ha inventado palabras nuevas (como «padre», como «amor»...) ni ha acuñado frases paradójicas o llamativas (como «bienaventurados los pobres», «amad a vuestros enemigos»...). El alcance de los términos y de las afirmaciones depende del contenido de vida, de la materia de experiencia que lleven dentro.

Y ahí es, precisamente, donde Jesús se erige en caso insólito y asombroso. La palabra «padre», «amor»... adquieren grandeza y novedad en la realidad existencial de Jesús. Por ello, los cristianos no hacemos lo que tenemos que hacer como cristianos cuando simplemente llamamos a Dios «Padre nuestro». Debemos clamar a Dios como «padre» desde la profundidad de la actitud filial y fraternal de Jesús, o, al menos, acercándonos a dicha actitud lo más posible. Igualmente debemos amar al prójimo, pero *como* le amó Jesús. Los libros del *Nuevo Testamento* no se expresan teóricamente, sino que *narran*, a base de vida, a base de experiencia, la actitud filial y el amor al prójimo por parte de Jesús. Y es en esa narración de la vida de Jesús donde las palabras alcanzan un nivel nuevo, inédito.

Lo apuntado líneas arriba debería ser suficiente para que el profesor de religión se decidiera a zambullirse de lleno en las aguas de la experiencia cristiana.

<sup>5</sup>P. M. VAN BUREN, *El significado secular del evangelio*, Ed. Península, 1968, pp. 151-153.

De lo contrario, desde una consideración teórica del mensaje cristiano, corre el peligro cierto de quedarse a años luz de la realidad del Jesús que enseña a otros. Sin «mojarse» en la experiencia cristiana, no llegará a entender ni aproximativamente realidades básicas cristológicas como «Dios», «perdón», «prójimo», «entrega», «amor», «filiación», «fraternidad», «Espíritu», «pobres», «eucaristía»...

El *evangelio de Juan* se distingue de los *evangelios sinópticos*, entre otras cosas, por su carácter testimonial personal. Ningún otro evangelista ha logrado expresarse con la profundidad y afinidad cristológicas del cuarto evangelista. La explicación de dicha profundidad cristológica hay que buscarla por el camino de su experiencia personal. Juan habla desde sus propias vivencias de discípulo amado y amante de Jesús. Aquí, en dichas vivencias, hallamos la razón aclaradora de su conocimiento del Hijo del Padre. .

La otra razón de la importancia que entraña la experiencia que de Jesús tiene el educador de la fe guarda relación con los mismos educandos.

El muchacho es especialmente sensible a las nuevas humanizaciones de Jesús de Nazaret. La gente joven necesita más que nadie «ver» a Jesús y el contenido de su mensaje en formas humanas de la hora presente. El muchacho es mal hijo del ayer. Vive el momento presente con ansiedad de constante engendramiento. Y aguanta pésimamente que no se le hable con verdad y plenitud. De aquí que el educador de la fe deba hablarles de Jesús no como de Alguien del pasado ni como de una utopía inasible, sino desde sí mismo y desde su vida personal. Sólo así, a través de la vivencia y compromiso personales del profesor de religión, el Jesús de siempre se hará actual, inteligible y atrayente a los muchachos que escuchan su palabra.